

Clavelas
3-S-VI

Antiquaria
UAB
Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

EL

ARTE ESPAÑOL

Y LA PRIMERA EXPOSICIÓN

DE

INDUSTRIAS ARTÍSTICAS

Conferencia dada en el CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE BARCELONA
el día 23 de Enero de 1892

POR

D. Antonio Garcia Plansó



BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE ESPASA Y COMPAÑÍA

221, CALLE DE LAS CORTES, 223

1892

EL
ARTE ESPAÑOL
Y LA PRIMERA EXPOSICIÓN
DE
INDUSTRIAS ARTÍSTICAS

EL

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

ARTE ESPAÑOL

Y LA PRIMERA EXPOSICIÓN

DE

INDUSTRIAS ARTÍSTICAS

Conferencia dada en el CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE BARCELONA
el día 23 de Enero de 1892

POR

D. Antonio García Plansó



BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE ESPASA Y COMPAÑÍA

221, CALLE DE LAS CORTES, 223

1892

EL
ARTE ESPAÑOL

Y LA PRIMERA EXPOSICIÓN

DE

INDUSTRIAS ARTÍSTICAS

SEÑORES:

Si para hombres doctos y eminentes es difícil tarea la de exponer un tema con claridad y concisión, más dificultades ha de ofrecer necesariamente para el que, como yo, novicio en estas materias, recibe el inmerecido honor de hablar en público, por primera vez en mi vida, ante este ilustrado concurso y desde este lugar que otros han enaltecido con su palabra, en interesantes conferencias. No se me oculta, pues, la espinosa situación en que me he colocado al aceptar vuestra honrosa invitación, pero á pesar de ello puedo aseguraros que no he cedido á estímulos de pueril vanidad. A más altas y nobles aspiraciones obedece mi propósito y mi presencia en este sitio; cuales son, las de contribuir, unido á vosotros, al levantamiento del edificio de nuestro renacimiento artístico y á cuanto tienda al bien del arte patrio y de los artistas españoles. Á esto, pues, debéis atribuir que hoy me haya decidido á dirigiros la palabra, venciendo obstáculos de carácter y temperamento y escrúpulos de una modestia, tanto más sincera, cuanto

al fundarse en la grandeza del ideal á que aspiro, me evidencia la debilidad de mis fuerzas para realizarlo.

Obligado hoy á corresponder á vuestro favor y condescendencia, entiendo que el mejor medio que puedo excogitar es el de llamar vuestra atención acerca de un punto, á mi ver, de grandísima importancia para el porvenir artístico é industrial de España. Si halláis exactas mis apreciaciones, y consigo exponerlas con claridad, á vosotros lo deberé, puesto que al estudio de vuestras obras debo mis primeras disquisiciones artísticas, y á mi frecuente y continuada relación con vosotros, el motivo de dedicar al arte las producciones de mi escaso ingenio y humilde pluma. Si por el contrario, mi trabajo os parece obscuro ó vulgar, mía será la culpa, ya que conociendo mi insuficiencia heme atrevido á ocupar un sitio destinado sólo para los que reúnan mayores méritos y mayor suma de conocimientos. Si tal sucede, vuestra cortesía, sin embargo, disculpará el error de quien ha enmudecido durante tan largo espacio de tiempo y rompe hoy su mutismo obedeciendo vuestra indicación y confiado en vuestra benevolencia.

Ya habréis podido adivinar que me propongo discurrir sobre el arte español en general y particularmente sobre nuestras artes suntuarias, hoy conocidas bajo la denominación de industrias artísticas. Breves serán las observaciones que he de exponer á vuestra consideración, desprovistas de las galas con que otros podrían, quizás, adornarlas, ya que no sólo carezco de las dotes de la elocuencia, sino que entiendo que, dada la índole del asunto y vuestra valía, sería poco pertinente intentar revestir con oropeles lo que lleva consigo los brillantes matices del oro.

De todos los pueblos de la vieja Europa, tal vez ninguno posee condiciones tan favorables para el desarrollo artístico como nuestra patria. Si violento contraste ofrece la variedad de nuestras provin-

cias, todo, en cambio, respira en ellas arte, grandeza y poesía. El espíritu más prosaico elevase en alas del entusiasmo al ver armónicamente enlazadas las divinas galas de la Naturaleza con la variedad de la producción, los recuerdos gloriosos unidos á los monumentos augustos de pasados tiempos, las sencillas costumbres de los habitantes de determinadas comarcas con su indomable arrojo en la guerra, los melancólicos zorricos del país vasco con los plañideros ó voluptuosos ritmos de la región meridional, los restos venerandos de la antigua pujanza artística é industrial con las gallardas muestras de las creaciones modernas. Artistas y artífices, romanceros y trovadores, poetas y filósofos, ascetas y noveladores, moralistas y satíricos, son, hoy como ayer, la genuina expresión de nuestro modo de ser, de pensar y sentir, ya que todos asumen la representación de la sociedad española en los diversos períodos de nuestra historia; como los monumentos revelan las creencias y costumbres nacionales, las artes nuestra cultura y la industria nuestra grandeza y poderío.

Si es verdad inconcusa que el todo se compone de las partes que lo forman, ha de serlo también, lógicamente, que el arte español se ha constituido con los elementos suministrados por los diversos pueblos que en España dominaron. Y tal es así, que al igual que en el orden fisiológico son tangibles los efectos que produce el cruzamiento de razas, en el orden intelectual queda impreso, asimismo en sus manifestaciones, el sello peculiar de los pueblos que han ejercido su influencia dominadora. Por esto, y sea cual fuere la huella que hayan podido dejar en nuestro derecho, en nuestra lengua y en nuestras costumbres las razas primitivas ó las dominaciones cartaginesa ó romana, empieza la historia intelectual de nuestra patria, en lo que en sí tiene de genuino y característico, en el grandioso período de la reconquista. En él aparecen claramente, en nuestro suelo, aquellos elementos, árabe y cristiano,

que en porfiada lucha de más de siete siglos vienen á formar, por efecto de continuo trato y compenetración, la sociedad española del siglo XV, cuya formación coincide con la de la unidad nacional, el período más interesante de nuestra historia.

Formada España por la reunión de diversos Estados, en los que dejaron indelebles huellas las razas que por su fuerza expansiva cumplieron su destino colonizador ó de conquista, ofrece un laborioso proceso histórico para llegar á la constitución de la unidad nacional. Pueblos hermanos, fecundados por la misma savia, aparecieron separados, cual si el conjunto de los elementos peninsulares no obligara á la conjunción de todos ellos y á llevar á cabo el ideal de la unificación.

Compréndese, pues, que tal conjunto de nacionalidades, segregadas de la madre común, significa una disgregación de fuerzas, una variedad de creaciones, una diversidad de producción, propias y significativas de cada región; precisas, porque sin la reunión de aquellas actividades no hubiera sido posible la existencia de aquellos Estados que debían funcionar regularmente á impulsos de sus aspiraciones, alentadas por el poder gubernamental.

Purificadas las ideas y las costumbres por la desgracia, renació, al iniciarse la monarquía en las asperezas de Asturias, Navarra y Cataluña, el espíritu guerrero, que, aliándose á la fe religiosa, logró crear monarquías, vigorizadas por la fe y el patriotismo, que al recoger las tradiciones del pueblo godo modificaron y transformaron paulatinamente todas las manifestaciones políticas, sociales y artísticas á impulsos de los nuevos principios impuestos por las circunstancias. El rey, el clero, la nobleza y el pueblo son los factores que presiden y concurren á la nueva organización, basada en la unidad de raza y en el derecho de repoblación de pueblos conquistados, que presentaban en su aspecto colonizador un doble

carácter militar y civil, como elementos precisos para recuperar el suelo de la patria.

Los árabes, por su parte, al venir á España, trajeron consigo la tradición de la filosofía griega y de las ideas platónicas y aristotélicas, sobre las cuales se desenvolvió su cultura filosófica, y el ideal artístico de Oriente, traducido en sus afligranadas construcciones; sencillas en sus muros pero cuajadas de riqueza; sus armas suntuosas, sus telas y tapices inestimables, exornados con complicadas labores y dibujos; sacando de la geometría un inmenso caudal de combinaciones. La misteriosa quietud de sus estancias, los estrechos aljamíes, su inclinación á los perfumes, sus cantos populares, expresión gráfica de sentimientos guerreros ó eróticos, trasunto fiel de la vida real, revela toda la índole epicúrea y artística del pueblo árabe, que durante el período de su dominación buscó su engrandecimiento á la vez que la forma más práctica y bella de satisfacer sus necesidades y caprichos.

Unida la creencia al concepto patrio, la religión á la nacionalidad, formóse de nuevo el pueblo cristiano, y la heterogénea población de España recoge de la dominación goda los últimos fulgores de su cultura, y obligado á combatir por su patria y por su fe, aporta al templo, síntesis de sus ideales, sus esfuerzos creadores y las muestras de su progreso, manifestando en la fábrica cristiana la fecundidad del simbolismo que brota de su pasmosa idealidad. En los muros y portadas esculpe páginas de historia ó de moral, en los capiteles de las columnas que sustentan las majestuosas arcadas, sátiras mordaces de flaquezas ó vicios, sus esperanzas ó aspiraciones, y en las vidrieras, frisos, sillas de coro y claves de bóveda deja impreso todo cuanto habla al sentimiento y á la imaginación, comunicando al espíritu cuanto signifique bondad y grandeza.

Y que los elementos, nacional y semita representan, desde tiempo inmemorial en nuestra patria, los dos principios del dualismo

humano, el alma y el cuerpo, el sentimiento y la sensación, la idea y la forma, la línea y el color, la luz y la sombra, no ofrece la menor duda, ya que ellos caracterizan la raza, las creencias y la región. Ciertamente es que la variedad de tales elementos llegaron á combinarse, pero la división es tan patente, que se manifiesta en todas las creaciones del arte español. Don Quijote y Sancho, personificaciones tan gallardamente trazadas de la hidalguía y caballería y de las maliciosas aspiraciones del vulgo indocto, significaron siempre ese contraste, ese dualismo tan perseguido y satirizado en nuestra patria.

Los hechos demuestran incontestablemente cuán provechosa fué para el arte patrio la recíproca influencia que entre sí ejercieron los árabes y cristianos, á pesar de sus continuos combates y algaradas y de su respectiva y antitética situación. Ya al comienzo de la invasión musulímica, continuaron los mozárabes, á juzgar por las descripciones de varios historiadores, las tradiciones artísticas del reino visigodo, y sus arquitectos, tejedores, armeros y plateros prosiguieron trabajando con sujeción á los antiguos moldes y conceptos, conforme lo atestiguan las obras que han llegado hasta nosotros, salvadas milagrosamente, á través de las conmociones de los siglos. Artífices cristianos contribuyeron por su parte á levantar mezquitas y palacios, cuyos restos, aun hoy, sorprenden y maravillan, debiéndose la construcción de algunas basílicas, castillos y señoriales moradas á la habilidad é inteligencia de alarifes andaluces.

A medida que los nacientes Estados fueron ensanchando sus límites, obligando á replegarse á los invasores, creció la influencia de la cultura árabe sobre los cristianos, de manera que así como en el período de tiempo que media del siglo VIII al XI, se desarrolló y acrecentó la influencia de los árabes, empezó á crecer del XI al XIII la importancia de la sociedad cristiana, que recogió la tradi-

ción artística de sus enemigos para amoldarla á su creencia y constitución. Así vemos que llega un período en que se acuñan monedas con leyendas arábicas y latinas y se redactan instrumentos públicos en ambos idiomas, que muchos vocablos árabes forman parte del romance vulgar, y que las joyas, armas y tejidos de carácter oriental sirven de atavío á los castellanos y aragoneses, cual si fuese el gusto dominante, á cuya influencia debieran doblegarse.

La Cruz de los Angeles de la Cámara Santa de Oviedo, y las más ricas y valiosas joyas que constituyen el tesoro de nuestros más antiguos templos son, probablemente, obra de habilísimos plateros semitas, ya que la tradición, á falta de artífices cristianos, atribúyelas orígenes milagrosos. Olmedo y otras ciudades castellanas hallábanse pobladas de infieles, y algunos monarcas cristianos, como Enrique IV, *comían, bebían, vestíanse y oraban*, según escribía en 1466 el caballero bohemio Tetzal, compañero de Rosmital, á la usanza morisca.

La pintura, única rama de las bellas artes no cultivada por los árabes tal como nosotros la comprendemos, experimentó también su influencia, ya que no es posible asegurar que la inspiración germánica informara esa brillantez de tonos y matices, esas vaporosas y fantásticas figuras que entre doradas nubes y bellísimos ángeles niños, produjo la escuela andaluza para servir de joya á nuestros templos y para despertar la veneración de los fieles.

Los franceses, que vinieron á la conquista de la imperial Toledo, fueron las primeras influencias extrañas á los dos elementos peninsulares, que cedieron ante la enérgica protesta del ascetismo, que por medio del más grande de sus apóstoles, Francisco de Asís, predicó la humanidad, el amor y el dominio del espíritu sobre la materia y la fuerza bruta. Pasó también la autoridad moral de la Religión y de la Iglesia, como gigantesca ola, dejando inde-

lebles huellas: generalizáronse las artes, que no fueron ya patrimonio exclusivo de árabes y judíos, formáronse gremios, cofradías y ferias en las ciudades principales, iniciándose el movimiento industrial y artístico para aumento de bienestar y riqueza. Quebrantado el imperio musulámico con la muerte de Almanzor, recibe mortal herida en las Navas; échanse los cimientos de nuestras primeras catedrales, don Alfonso el Sabio reúne en torno de sí á los herederos de las academias cordobesas, los poemas del Cid, las obras de Gonzalo de Berceo y del mudéjar Yusuf dan testimonio de la poesía española, y los trovadores provenzales y catalanes de la protección que en aquella región reciben las letras. Los caballeros hacen alarde de valor y gentileza en justas y torneos, resuena en los castillos, convertidos en lugares de placer, el canto de los trovadores, márcase una división entre la poesía popular y erudita, ya se manifieste en la *Danza general* del judío don Santo ó en los frescos del cementerio de Pisa, y sustituye á la pobreza y austeridad de los primitivos tiempos la ostentación en las armas, ropas, arneses y preseas. El *Arte Cisoria* del marqués de Villena y el *Paso Honroso* de Luis de Quiñones demuestran el estado de aquella sociedad y los pueriles empeños que perseguían y alentaban los descendientes de los vencedores de las Navas y del Salado.

Tras el siglo XV, en el que á modo de crisol fúndense todas las manifestaciones peninsulares, viene la reforma política y social realizada por los Reyes Católicos, que concentra todas las ideas de ciencia, arte y progreso; de manera que cuando aparece el Renacimiento tiene ya el arte español historia, vida y pujanza. Las raíces del árbol patrio, repletas de savia, envían al tronco torrentes de vitalidad, prodúcense hermosos frutos y comienzan para algunas artes, como la pintura, sus gloriosos anales modernos.

Ya hemos dicho que durante la Edad Media concéntranse en el templo las manifestaciones más importantes del arte; allí, en esas

construcciones levantadas por la fe y el patriotismo, deben hacerse esas riquezas artísticas, cuya maravillosa ejecución es aún hoy causa de asombro. No sin respeto pueden examinarse los trabajos en hierro, bronce y metales preciosos, los esmaltes, las tallas en marfil, madera y piedras finas, los bordados y encajes, los mosaicos, vidrios, pinturas y miniaturas y cuantos tesoros fueron acumulados por aquellos hábiles é inteligentes artistas.

En las construcciones civiles, en las moradas señoriales, hacen gala, también, artistas y artífices, de su genio y audacia, utilizando la diversidad de elementos de que disponen. Cúbrense los muros de relieves en yeso de dos colores, de gusto árabe gótico, y los azulejos sirven de medios de decoración, en tanto que los anchos sillones de vaqueta, las arquillas y arcones, cuadros, tapices, armas y otros artísticos objetos constituyen el mueblaje y decoración de espaciosos salones, presididos por la monumental y esculturada chimenea de mármol. En los muros aparecen también las labores de yeso, intercaladas entre las ventanas en forma de ajimez, campean escudos de armas sobre las caprichosas portadas y asoman en el tejado sus fantásticas cabezas las serpientes, dragones y monstruos de las gárgolas ó canalones.

Los esmaltes, joyería y platería alcanzaron gran perfección. De ello son testimonio los esmaltes de San Miguel *in excelsis*, de Santo Domingo de Silos y de la Virgen de la Vega, así como las cruces, custodias, relicarios, cálices, platos, jarrones y otros mil objetos y las admirables filigranas, de origen árabe, ejecutadas en herretes, botones y joyas, obras todas de aquella célebre escuela de *plateros de plata*, que tanto ilustraron los Arphes, Becerriles Alemanes y Trezos y los que acreditaron su habilidad en los libros de Pasantía de los Plateros de Barcelona, conservados en la Diputación provincial.

Las rejas, chatones, llamadores, candelabros, verjas y lumina-

rias demuestran hasta dónde llegaron los maestros rejeros de Toledo, Salamanca, Alcalá de Henares, Barcelona, Sevilla, Gerona, Granada, Tarragona, Segovia, etc., ya que en esas obras dejaron impresas la prueba de su buen gusto en el diseño y maestría en la ejecución. Las rejas de la capilla de la catedral de Granada y la del coro de la de Sevilla, obras del maestro Bartolomé; la de la de Toledo, ejecutada por Francisco Villalpando; la de la capilla de la catedral de Burgos, de Cristóbal de Andino; la reja de la colegiata de Alcalá de Henares, del maestro Francés, y tantas otras obras notabilísimas, justifican la nombradía que desde el siglo XIII al XVII gozaron los maestros herreros españoles y el lisonjero estado de esta industria, cabiendo á Cataluña la gloria de que dos de sus más hábiles artífices, Blay y Suñol, fabricaran, á instancias de la ciudad de París, las admirables rejas de la iglesia de Notre Dame.

No menos importancia reviste la fabricación de armas y el repujado, nielado y grabado, ya siguiendo el estilo oriental, ya ajustándose á las tradiciones patrias ó imitando las obras de los célebres artífices milaneses y venecianos, patentizando la pericia y habilidad tradicional de los espaderos toledanos, la de los *ferrers de tall* barceloneses, la importancia de los talleres de Almería, Murcia y Sevilla y la pujanza de los gremios de *coraceros* y *espaderos*, que ya en 1257 y 1320, tenían su representación en los Consejos de nuestra ciudad.

Aun á falta de otras obras de mayor valía, bastaría para conceder importancia á los trabajos del bronce, ejecutados por artífices españoles, la sola existencia del magnífico tenebrario de la catedral de Sevilla, joya de inestimable valor, digna de figurar en un Museo.

Los guadamaciles de Córdoba, Málaga, Ciudad Real, Valladolid, Lérida y Barcelona, también famosos, lograron gran estima y merecido renombre en toda Europa, hasta el extremo de servir

de preciado adorno, bajo diversas formas, en los templos, en las cámaras de los reyes y en los palacios de los magnates.

Cuanto á la talla de madera y marfil basta examinar los muebles, sillerías de coro, credenzas y relicarios para comprender su desarrollo y perfección.

La cerámica, aparte de los tradicionales barros celtíberos y saguntinos, brilló esplendorosamente durante el período de la dominación árabe, produciendo sus fábricas de Málaga y Granada esos inimitables reflejos metálicos con que después embellecieron también sus producciones las manufacturas de Valencia, Mallorca, Calatayud, Barcelona y Manises. Cuando las corrientes extranjeras condujeron al arte patrio por distintos derroteros, Talavera y Sevilla amoldáronse á la influencia italiana, ateniéndose después á los moldes franceses los de Alcora y el Buen Retiro, deseosos de emular los productos lemosines y de Sevres.

Almería, Barcelona, Valencia, Toledo, Cadalso, Cebreros, San Martín de Valdeiglesias, Venta del Cojo, Toros de Guisando, Mataró, Cervelló, Almatre, Puebla de Don Fadrique, Pinar de la Vidriería y La Granja, distinguiéronse desde el siglo XIII al XVIII, por sus notables vidrios, algunos de cuyos ejemplares, según sea la fábrica en que se produjeron, pasaron por productos orientales ó venecianos. Los de Valmaqueda y Villafranca gozaron gran nombradía en el siglo XVII, pagándose á crecidos precios, en la siguiente centuria, los vidrios de Alicante, Hinojares y Carolinas.

En tejidos y sedas, de los que se conservan tan raros como valiosos ejemplares en *brocados*, *sirgos*, *ricomases*, *glizos*, etc., bastará recordar las fábricas que existieron en Toledo, Sevilla, Valencia, Murcia, Granada y Talavera, para alcanzar el floreciente estado de esta industria, y los bordados de seda y oro y los genuinamente españoles de hilo de oro, en los que tanto se

distinguieron los bordadores burgaleses, desde 1422, y posteriormente los de Ciudad-Rodrigo, Toledo, Sevilla y Valencia, hállase atestiguado su mérito en los ornamentos y cubrecamas conservados en nuestros templos y antiguas viviendas señoriales.

Los encajes y blondas, aun hoy gozan de gran fama en el extranjero y se admiran las delicadísimas labores de las encajeras catalanas, que en su aislamiento hallan todavía medio para continuar produciendo obras de suma importancia.

La numerosa colección de tapices de los palacios de Madrid, el Pardo y el Escorial, da á conocer los trabajos de las fábricas que Felipe II estableció en Salamanca y en la capital de la monarquía, bajo la dirección de Pedro Gutiérrez, que Carlos III extendió, estableciendo nuevas manufacturas en Santa Bárbara y Valencia, que continuarían, sin duda, prósperas y florecientes, si las huestes francesas no las hubieran destruído en 1808. De todos aquellos establecimientos sólo ha podido conservarse, por el apoyo de los monarcas, la Real fábrica de tapices de Madrid, cuyas obras figuraron dignamente en la primera Exposición Universal española.

En resumen, á fines del siglo XV y comienzos del XVI figuraba España á la cabeza del movimiento industrial de Europa. Toledo, Sevilla, Segovia, Medina del Campo, Valencia, Barcelona y otras populosas ciudades, eran los Birmingham, los Manchester, los Sedan y los Lieja de aquella época. Segovia, que producía los mejores paños del mundo, empleaba en su fabricación más de 40,000 obreros; Sevilla tenía en actividad 16,000 telares de seda; Toledo ocupaba en sus industrias de armas y tejidos de seda y lana, curtidos, joyería, platería y guantes cerca de 50,000 operarios, y tanto Medina del Campo en la fabricación de medias como Valencia con sus famosas sederías, y Córdoba con sus no menos celebrados curtidos, sostenían algunos millares de obreros y constituían otros tantos centros de la producción nacional.

Cual si al eclipsarse para España el sol de su antigua grandeza trocáranse en noches los claros días del espíritu nacional, paralizándose el movimiento creador que tantas bellezas produjo, así desaparecieron con el poderío las manifestaciones industriales y artísticas, conservándose de ellas, durante un largo período de tiempo, el gratísimo recuerdo de su pasado esplendor. Apagóse en los talleres el ruido producido por los escoplos y martillos, telares y batanes: extinguióse el fuego de las fraguas: quedaron desiertas las lonjas ó centros de contratación, y sólo el fragor de las armas y el tañido de las campanas anunciando las fúnebres ceremonias del Santo Oficio percibíanse en las silenciosas ciudades españolas, antes tan alegres y bulliciosas. Las sucesivas expulsiones de judíos y moriscos, redujeron á siete millones el número de habitantes de la península, tan hambrientos y embrutecidos, que el primer Borbón vióse obligado á confiar á extranjeros la dirección del Estado, falto de hombres capaces de llevar adelante la ardua empresa de la regeneración de la patria. El francés Orry, el holandés Riperdá, el alemán Konigseg y los italianos Grimaldi y Alberoni fueron los primeros ministros de Felipe V, á quienes se debe la reorganización de los servicios públicos, y el renacimiento de la industria nacional, así como á Olivieri, Procacini, Amiconi, Tieppolo y Mengs débese el renacimiento artístico y la fundación de aquella escuela, base del desenvolvimiento artístico que, gracias á sus nobles esfuerzos, lograron convertir en ese centro oficial, que conocemos bajo el título de Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

La historia del arte en España está íntimamente ligada con la de nuestra patria, y con ella marcha unida en los días de gloria y en los tristes períodos de decadencia. Cuando las armas victoriosas de los tercios españoles llevaban de uno á otro extremo del mundo las manifestaciones del progreso y de la actividad nacional,

la pintura, la escultura, al igual de las demás artes é industrias, y la literatura, hallaron tan geniales intérpretes, que ellos bastaron para asentar el elevado concepto que de los demás pueblos mereció nuestra patria, hasta el extremo de considerársela como el verdadero emporio de las humanas creaciones. En cambio, iniciada la decadencia, en el tristísimo período de decaimiento y anemia, resultan vanos é inútiles los esfuerzos de los que intentaron la ruina y el desmoronamiento del edificio levantado á costa de tantos años y afanes, puesto que sólo lograron que á la originalidad sucediera la extravagancia. Góngora reemplazó á Cervantes como Jordán á Coello. Todas las manifestaciones artísticas vaciábanse en el mismo molde, cayóse en el amaneramiento, y los discípulos de Ovasse y Vanlóo, el gongorismo transpirenaico, con todo su caudal de sutilezas, falsedad y rebuscamiento, desterró la discutible escuela que Jordán intentó formar, sin lograr distinguirse por su genialidad. La influencia francesa sucedió á la italiana, y si bien á los primeros monarcas de la dinastía borbónica debemos el establecimiento de las olvidadas industrias, los productos cerámicos de Alcora y Talavera no se asemejan por sus elementos decorativos á los de Manises y Málaga, como no recuerdan los vidrios de la Granja á los de Cebrenos, ni los tejidos de seda de Valencia y Murcia á los de Toledo y Sevilla, ni los tapices de Madrid á los del Escorial y Barcelona.

Tieppolo y Mengs, pintores queridos del gran Carlos III, intentaron levantar el ruinoso edificio del arte español, pero con sobrado apego al rutinarismo é inficionados los pintores españoles con las corrientes francesas, no trataron de imitarles en el estudio de la naturaleza, rechazando las indicaciones y consejos de aquellos artistas ilustres que habían emprendido con verdadero entusiasmo la titánica tarea de regenerar el arte de la pintura en esta tierra de los Velázquez y los Rivera.

Mengs, el pintor filósofo, abatido y desesperanzado por la inutilidad de sus empeños, abandonó España y murió sin lograr ver realizada su gran empresa. Sus discípulos más queridos, Bayeu y Maella alcanzaron lo que no fué dable realizar al maestro, y la naciente Academia de San Fernando, provista de notables vaciados y valiosas colecciones legadas por Mengs y por la reina Cristina de Suecia, pudo responder al objeto de su fundación. No se crea por esto que se había llegado á la verdadera reconstitución: cierto es que el camino quedaba trazado; pero los que habían de ser los guías y mentores de la nueva generación, si bien sustentaban los principios de sus maestros, en cambio no podían sustraerse á las flaquezas del procedimiento. De ahí que la pintura decorativa fuese ampulosa, cual derivada de un frío é irracional clasicismo, desprovista de sentimiento místico la pintura religiosa y sistemática en los plegados, rígida y dura en el colorido la pintura profana.

Cual luminoso astro en el sombrío celaje artístico y político que caracteriza el reinado de Carlos IV, apareció el célebre hijo de Fuendetodos, Goya, que, desdeñando la imitación por considerarla un rebajamiento del espíritu, operó una revolución en el arte patrio, riñendo con las tradiciones y con las escuelas. Tan justo y noble como atrevido y acerbo en sus sátiras, distinguióse por su patriotismo y genialidad. Lo que no pudieron lograr sus antecesores, consiguió Goya, en aquella época de cohibición religiosa y política; esto es: la compenetración del espíritu popular, de tal manera que, cual si el artista les hubiese transmitido su entusiasmo, servíanle de modelo lo mismo las damas que las mujeres del pueblo, la gente de bronce que los magnates.

El violento huracán que produjo la reacción del año 1814, dispersó á los poetas, literatos y pintores, que debieron buscar en extraño suelo la expansión que les negaba la fanática autocracia de los ministros de Fernando VII, quedando, una vez más, rotos

los eslabones de la cadena que á costa de tantos esfuerzos se había logrado anudar. La varonil entereza de la infanta Carlota, al salvar los derechos al solio de su sobrina Isabel, produjo en nuestro país un cambio político radical, y á impulso de las auras de libertad, renacieron las artes y la literatura, adoptando una nueva forma, en perfecta armonía con aquella sociedad y con nuestro carácter y tradiciones. El romanticismo literario y artístico tuvieron distinguidos cultivadores, cuyas producciones, aun hoy, nos embelesan, á pesar de ser distintos los ideales que perseguimos.

Tras laboriosas pero fructíferas etapas, ha ido iniciándose el renacimiento artístico patrio, y enlazándose, parcamente, las glorias del pasado con las esperanzas que el presente representa. La evolución es en extremo laboriosa, puesto que á fomentarla concurren sólo aislados y limitados esfuerzos, sin que á los altos poderes del Estado quepa la gloria de haber evitado la desaparición de algunas industrias que antes florecieron; de ahí que la lentitud del desarrollo haya producido la invasión extranjera y que las manifestaciones de la producción española no tengan marcado, cual antes acontecía, el sello ó carácter nacional. Como si nada significaran la experiencia y el criterio artístico de nuestros mayores, en todas las grandes capitales se levantan magníficos edificios en cuya arquitectura predomina el estilo de los hoteles franceses, cual si no existieran modelos genuinamente españoles; ocurriendo también, que para amueblarlos y embellecerlos se recurre á la habilidad de artistas y artífices de otros países.

Contando con un pasado tan glorioso no se concibe la enorme diferencia que existe entre el olvido en que dejamos morir nuestras tradiciones, y la actividad é inteligencia con que Francia, Italia, Alemania, Austria y Hungría tienen estudiado y proseguido el trabajo intelectual y material de su pasado, partiendo de él para continuar el estilo y procedimiento de sus industrias artísticas. Así

han resuelto un problema social y económico, fortaleciéndose, al propio tiempo, con el patriotismo y con la riqueza producida por el trabajo nacional con elementos propios.

Barcelona ha logrado singularizarse, y á sus atrevidas y tradicionales energías débese el renacimiento de olvidadas industrias, que se desarrollan hoy, si bien lentamente, bajo la bienhechora influencia del arte. Pero aun así, preciso es confesarlo, el arte español aplicado á la industria no ha logrado todavía salir del triste período de decadencia. Los grandes establecimientos, creados bajo el influjo de halagadoras y justificadas esperanzas, desaparecen paulatinamente, faltos de apoyo y sin el concurso necesario para fomentarlos. A seguir por esta senda no estaría lejano el día en que al acentuarse la decadencia, desaparecerían todas las manifestaciones artísticas, quedándonos únicamente un abolengo glorioso, que sólo serviría para encubrir nuestra vergüenza.

De vital importancia es la solución del problema. Aparte de las teorías político-financieras, que sólo el patriotismo puede hacer desaparecer, queda otra necesidad, esencial y urgente para que el arte pueda vivir en nuestro país, cual es, la educación, ó por mejor decir, la creación de público. Las del genio pueden aparecer en períodos de ignorancia y turbulencia, según vemos surgir en Italia, durante el período de la Edad Media y del Renacimiento, las más poderosas manifestaciones de la inteligencia. Mas cuando se trata de un período esencialmente crítico y ecléctico como el nuestro, en que se inspira todo en las creaciones del pasado, no es posible que se generalice el gusto artístico sino en ciertas condiciones de educación é instrucción.

La mejor cultura es la que crea las necesidades morales y materiales que el arte satisface por medio de sus múltiples manifestaciones, que embellecen la vida y dulcifican las costumbres. Y no se crea por esto que el fomento de las industrias artísticas

determine ó produzca un desequilibrio, puesto que ni las exigencias del lujo y de la moda cierran la puerta á los goces más elevados del corazón ó de la inteligencia, ni pueden producir el desorden social y económico, inevitable en los pueblos que no saben resignarse á vivir con relación á su estado y á su fortuna. Así se forma la culta sociedad en las naciones del Norte de Europa; por eso tienen en ellas vida propia el arte y las industrias artísticas, que llevan su benéfica influencia hasta á las clases más modestas, ya que viven en la misma atmósfera intelectual que las poderosas.

Si nos fijamos en los inmensos adelantos realizados por las artes industriales en Francia, Inglaterra, Alemania, Austria, Italia y Bélgica, podremos observar que en todos esos países ha pasado la regeneración industrial por dos períodos. En el primero, el entusiasmo patriótico, la admiración de las obras antiguas del arte nacional y el recuerdo de hechos gloriosos, impulsa á los estudiosos é inteligentes á visitar monumentos y reunir colecciones, que dan origen al período en que se procede á la creación de museos artístico-industriales, y se organizan exposiciones que sirven de estímulo y fomentan el desarrollo de la producción.

Por fortuna hemos recorrido la primera etapa. Gracias á la cultura de nuestra ciudad y á la bien acertada iniciativa del Municipio de Barcelona, se han condensado, por así decirlo, los trabajos aislados, y contamos ya con museos, que como el de Reproducciones Artísticas ha de producir grandísimos resultados, y gracias también á la Corporación Municipal, nuestra ciudad será la primera de España en que se celebren Exposiciones artístico-industriales, como fué la primera que, sin el apoyo de los altos poderes del Estado, ha cobijado en un suntuoso palacio las manifestaciones artísticas de todos los países. Las ventajas que para el nuestro ha de reportar el próximo concurso, en que las creaciones de la industria se presenten embellecidas por el arte, son de vosotros sobradamente cono-

cidas, y de tal importancia y trascendencia, que creo ocioso hacérselas observar.

En un país esencialmente artístico como el nuestro consideramos que esta clase de concursos han de servir de poderosa palanca que levante el espíritu nacional, evoque las gloriosas tradiciones del país, propague la cultura, estimule al artista y al artífice y fomente la riqueza y la vitalidad nacional. No es posible, señores, que se extinga el recuerdo de aquella inteligencia admirable que, bebiendo la inspiración en lo más profundo de nuestra esencia, creó la admirable figura de Segismundo, ó la del caballero de la Triste Figura y la de su escudero, ni la de la mano que trazó en el lienzo la rendición de Breda ó la Asunción de la Virgen, puesto que, representan nuestras glorias, nuestros sufrimientos, nuestras aspiraciones, nuestro carácter y cuanto constituye nuestro modo de ser y nuestra nacionalidad.

Podremos haber caído en períodos de postración, pero el arte español no ha muerto, señores; porque es el alma, la esencia de un gran pueblo, que por fortuna nuestra, cuenta para guiarle con privilegiadas inteligencias, cuenta con artistas que el mundo respeta y admira y cuenta con los que, como la mayoría de vosotros, estáis dispuestos á aportar vuestro concurso para lograr el renacimiento artístico tan deseado y con esa pléyada de jóvenes, que al recibir vuestras enseñanzas, representan una esperanza para la patria.

HE DICHO.

Casa Gros, Septiembre de 1891.

PRECIO: 1 PESETA
